Los indestructibles

—» **Enrique San Miguel Pérez**
Doctor en Historia y en Derecho. Catedrático de Historia del Derecho y de las Instituciones, Universidad Rey Juan Carlos, Madrid.

3-3. El Real Madrid iba ganando 3-1 en el Bernabéu, y acariciaba la novena final de su historia. Pero, tras el empate final de Bill Foulkes, y considerando la victoria del Manchester United en Old Trafford por 1-0 en la ida, el 15 de mayo de 1968 quedábamos eliminados de la Copa de Campeones de Europa en semifinales. Esa noche aprendí las reglas coperas del fútbol para siempre. Mi padre dedicó grandes elogios a un jugador que apenas tenía pelo. Se llamaba Bobby Charlton. Era inglés. No es mi jugador favorito, porque Santillana no tiene rival. Simplemente, me parece el futbolista más importante de la historia.

2-3. El histórico 15 de abril de 1967, Escocia se proclamaba campeona del mundo de fútbol tras imponerse a la circunstancial campeona, Inglaterra, en su estadio de Wembley, con goles de Denis Law, Bobby Lennox y James McCalliog. Considerando que el 25 de mayo de ese mismo año el Celtic de Glasgow de Jimmy Johnstone y Bobby Lennox que entrenaba Jock Stein derrotaba en la final de Lisboa al Inter de Milán por 2-1 para proclamarse campeón de la Copa de Campeones de Europa, Escocia pudo también reclamar la primacía europea. En 1974 y, sobre todo, 1978, Escocia se convertiría en la no campeona del mundo por excelencia de la historia. Demasiado estilo como para reparar en la diferencia de goles en el partido con Holanda. La leyenda está siempre por encima de la historia.

Cuando la derrota frente a Escocia se materializó, Bobby Charlton se retiró silencioso a los vestuarios. Un año antes, el 30 de julio de 1966, y también en Wembley, había sido capaz de liderar a Inglaterra hacia la Copa Jules Rimet después de que Geoff Hurst decidiera limpiar la cal de la línea de marca alemana, y el árbitro suizo Gottfried Dienst interpretara que un remate que bota sobre la línea, pero no la traspasa, era

gol. Aunque no es menos cierto que, en ese campeonato, Karl-Heinz Schnellinger había sacado una mano espectacular en la mismísima escuadra en el partido de Alemania contra Uruguay. Una parada de enorme mérito considerando que Schnellinger era un extraordinario defensa, pero no el portero. Sin embargo, después de la expulsión de Antonio Rattin (otro mítico 10) por el colegiado Rudolf Kreitlein en el Inglaterra-Argentina, facilitando un rácano 1-0 a los anfitriones, la maldad que en toda Copa del Mundo acompaña a una selección era ya patrimonio del equipo local. Por eso, en 1967 Escocia vengó a todo el planeta. Naturalmente, la victoria en Wembley no sirvió para que Escocia se clasificara para la fase final de la Eurocopa de 1968. De una tarea tan trivial y rutinaria como ganar la Eurocopa se ocupan selecciones como Alemania o España.

El silencio de Bobby Charlton, y la madurez y gravedad con la que se comportaba en el campo, veloz, técnico, poderoso medio ofensivo, siempre capaz de marcar, pero sobre todo de asistir a sus portentosos delanteros, Denis Law y un joven irlandés de extraordinario talento y portentosa elegancia, George Best, representaban muy bien a los trabajadores de Manchester, que, frente al elitista City, optaban por la elástica roja. Charlton, nacido en la ciudad minera de Ashington (en Northumbria, casi escocés), era uno de ellos. Y el *manager* (también escocés) Matt Busby fue capaz de armar un equipo campeón de Liga en 1956 y en 1957 sobre la base de un conjunto de jóvenes jugadores procedentes del norte trabajador de Inglaterra, entre los que destacaban dos: Bobby Charlton y, sobre todo, Duncan Edwards, nacido en Woodside, muy cerca de Birmingham, histórico centro industrial.

En 1958, tras disputar el partido de vuelta de los cuartos de final de la Copa de Campeones contra el Partizán en Belgrado, y clasificarse para semifinales, el avión del equipo sufrió un mortal accidente en un aeropuerto de Munich envuelto en una terrible tormenta de nieve. Bobby Charlton apenas padeció un rasguño. Duncan Edwards murió poco después. Y con él, otros 22 pasajeros, entre ellos siete jugadores del primer equipo. A pesar del enorme coraje de los juveniles que, bajo el mando del veterano de 20 años Bobby Charlton, disputaron las semifinales frente al Milán, al que ganaron en Old Trafford 2-1, el United quedó eliminado. Y el fútbol, en deuda con los *Busby Boys*.

Alrededor de Bobby Charlton, Matt Busby armó un equipo que ganó el campeonato inglés en 1965, 1967 y 1968. Ese mismo año, el 29 de mayo, la final de la Copa de Campeones de Europa se disputaba, de nuevo, en Wembley. Allí regresó Bobby Charlton, el victorioso en 1966 y derrotado en 1967, para una final contra el Benfica de Eusebio que no se resolvió hasta la prórroga tras el 1-1 en el tiempo ordinario. El 4-1

final originó un enorme llanto en el terreno de juego, en las gradas y en muchos hogares dentro y fuera de Inglaterra. Y demostró hasta qué punto la condición humana es invencible. Bobby Charlton levantó mucho más que un trofeo. Escenificó el triunfo de la vida sobre la muerte. Demostró que nada ni nadie se interpone en el itinerario de la condición humana hacia la belleza, la grandeza y la plenitud. Recordó a cada persona que la vida es un maravilloso regalo, el milagro cotidiano de lo asombroso, una fiesta irrepetible a la que todos estamos invitados.

Manchester fue, después, Joy Division y, sobre todas las cosas, los Smiths. Canciones tristes y desesperadamente románticas para jóvenes acostumbrados al gris, a la lluvia, al sonido de las sirenas de las fábricas y a todo cuanto representa la cultura de la industria, el trabajo duro y áspero, y la vida sin concesiones ni excusas, pero también auténtica. El sentido de los principios de igualdad, mérito y capacidad. La creencia en la paz y en la justicia social. Puentes de hierro y chimeneas humeantes en las canciones, en el paisaje y en el corazón. Y el orgullo de quien sabe en todo momento quién es y de dónde viene. Cincuenta años con *The Big Three*, con Charlton, Law y Best, son suficientes para saber que somos indestructibles.

Bobby Charlton levantó mucho más que un trofeo. Escenificó el triunfo de la vida sobre la muerte. Demostró que nada ni nadie se interpone en el itinerario de la condición humana hacia la belleza, la grandeza y la plenitud.